

MISTERIO

— PALABRAS QUE LIBERAN —

Fortalecidas

Fondo para el empoderamiento de las mujeres de la Intendencia de Montevideo



REVISTA LITERARIA

Edición N°1 / Junio 2021

Palabras.

Fluyen de un manantial puro
 Con serenidad de cristal
 Campanas de viento.
 ¡Que todos las oigan!

Elsa Rodríguez. Poeta uruguaya.

Editorial

Coordino el "Taller de apreciación literaria Misterio" desde 2008, año en que se recuperó el local de la calle Verdi para que comenzara a andar como Centro Cultural.

La finalidad de este Taller fue la de ofrecer un espacio de acercamiento al conocimiento de diferentes autores así como corrientes literarias, contextos socio-políticos-culturales a que pertenecían, así como también una selección más o menos representativa de sus obras (cuentos, novelas, poesía, ensayo breve). En todo momento, después de la lectura compartida, se abrió el debate para el intercambio de opiniones y para recoger las distintas miradas sobre los textos.

En el marco de las actividades que se propiciaron estuvo la participación de escritores y escritoras que compartieron parte de sus obras, que presentaron sus libros o leyeron en voz alta para un público ávido de escuchar y participar.

Asistimos en grupo a varias funciones de teatro generando distintas actividades en encuentros posteriores. Fuimos invitad@s a compartir nuestra experiencia a la ciudad de Las Piedras así como a participar en Encuentros de Talleristas del MAM a cargo del profesor Lauro Marauda.

En el año 2020 participamos de dos Cafés Literarios organizados por la REDAM (Red de Adultos Mayores) animándonos a grabar poemas de Mario Benedetti para spots publicitarios de los mismos, así como también a leer producciones de integrantes del Taller de apreciación literaria "Misterio". Año de pandemia, debimos recurrir al trabajo virtual y adecuándonos a nuevo funcionamiento.

Hace unos años, fue madurando la idea de agregar la creación literaria por parte de l@s talleristas que libremente quisieran hacerlo. Tarde a tarde comenzaron a circular borradores en busca del mejor giro o la metáfora más apropiada. Muchas mujeres y también algún varón, fueron plasmando sus vivencias y compartiendo sus sentires. Y conocimos historias de vida: ocupar el ocio, ganarle a la soledad o a una enfermedad. O simplemente como escribiera Clarice Lispector: "escribo para mí, para sentir mi alma hablando y cantando, a veces llorando".

Es así como en 2020 decidimos presentar nuestro Proyecto "Palabras que liberan: taller de apreciación literaria "Misterio" al Premio Fortalecidas, Fondo para el empoderamiento de las mujeres de la Intendencia de Montevideo (IM). Teníamos como objetivo, conseguir el apoyo financiero necesario para profundizar en la formación de escritoras, publicar una Revista Literaria que recogiera textos producidos por ellas y por jóvenes de otros talleres con los que nos vinculamos. A su vez sentíamos la necesidad que se conociera nuestro trabajo de tantos años en nuestra querida Casa del Vecino.

Nos anima el deseo que esta publicación sea el motor que movilice a otras mujeres para que sean multiplicadoras de este trabajo que tanto amamos.

Siento la enorme alegría del trabajo compartido y del respeto por la escucha de la palabra propia y ajena. Felicito a todas las mujeres que se han ido incorporando a la escritura, disfrutando de su tiempo, ganando espacios ocupados en su mayoría por hombres, haciéndose ver/oir/escuchar y resignificando sus propias vidas.

¡Adelante!

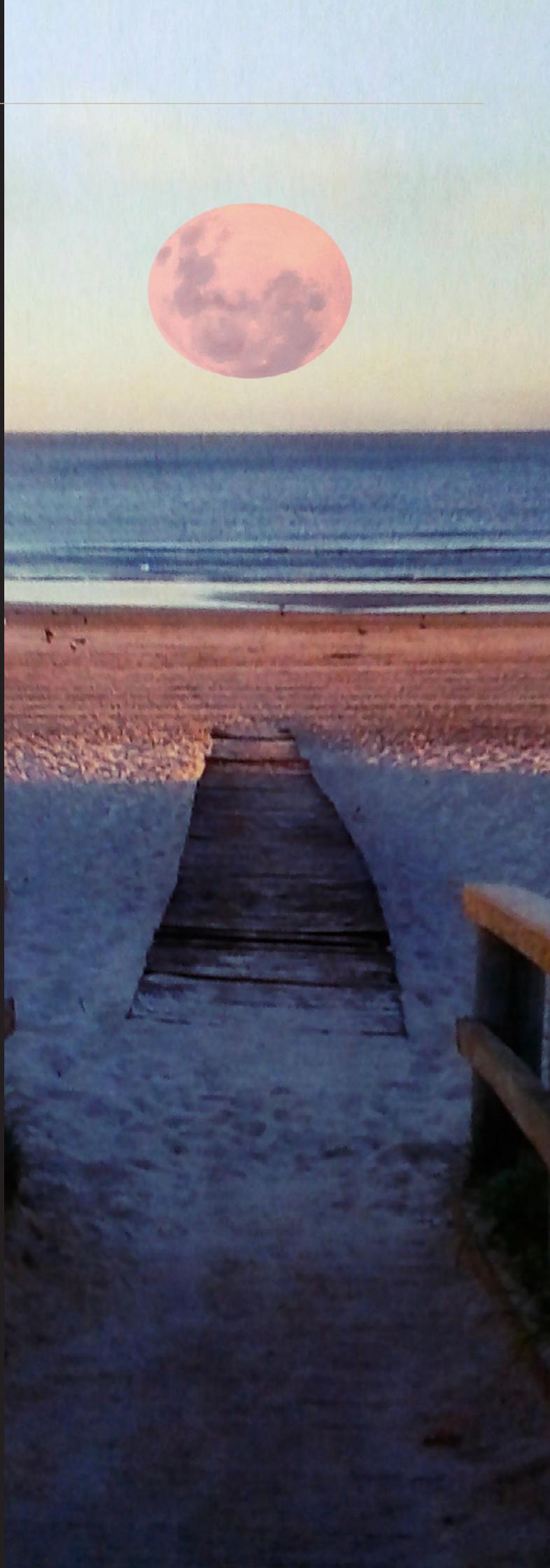
Lauro Marauda



Sumario

03. Susana Sánchez
04. Rocío Caparelli
05. María José Cardozo
05. Luis Neira
06. Teresa Porzecanski
08. Giselle Petrides
09. Carolina Peula Morales | Marita Cabrera
10. Silvia Magadán
11. Gisella Moro | Idea Vilariño
12. Damián Rodríguez
13. Patricia Romagnoli
14. Patricia Barboni
15. Graciana Garra
16. Rafael Courtoisie
17. Elsa Rodríguez
18. Juan Carlos Conti
19. Lilián Madfes
21. Patricia Horovitz
22. Alessandro Baricco | Ignacio Gastambide
22. María Eugenia Fernández
23. Graciela Sujanof
24. María Sánchez | Mariela Blanco
25. Taller virtual: ¿cuál es la palabra que cura?
26. María Laura Blanco
27. Gerardo Casco
28. Mercedes Rosende
31. Vilma García
32. Gustavo Esmoris
33. Rocío Caparelli | Gabriela Acevedo
34. Rosario Alalluf

Esta revista fue realizada gracias al apoyo económico del Fondo Fortalecidas para el empoderamiento de las mujeres. División Asesoría para la Igualdad de Género de la Intendencia de Montevideo. Premio Fortalecidas 2020-2021.



Rosalía

Susana Sánchez

Escribía en todos lados, en las paredes, en los muebles, en el piso. Cuando entré a la casa...

Rosalía descubrió las letras por sugerencia de su psiquiatra.

Él le explicó lo beneficioso que era para la mente el ejercicio de la lecto-escritura.

Convencida de poder aprovecharse de esas bondades, comenzó por llevar a todos lados una libretita y un lápiz con punta fina. Allí anotaba todas las palabras y frases que escuchaba o encontraba escritas en muros, paredes, papeles tirados en la calle, propaganda móvil y fija.

Más tarde, en el interior de su casa arrancaba las hojas utilizadas de la espiral de la libretita y las colgaba con palillos para ropa en cuerdas que fue instalando en todas las habitaciones.

Tan entusiasmada estaba en esa tarea que olvidó concurrir a las citas programadas con el médico.

Preocupado éste por la ausencia de Rosalía, se presentó de improviso en su domicilio. Cuando entró a la casa se encontró con que, agotados los espacios para tender cuerdas, ella pegaba las hojas escritas en todos lados y escribía en las paredes, en los muebles, en el piso.

Rosalía lo recibió con una mirada vivaz y dispersa.

- Doctor, no he podido terminar de escribir ni un cuento. No he encontrado en toda la ciudad, la palabra que perdí cuando me llevaron a terapia.

Confianza.



A través de mi ventana

Rocío Caparelli

Bajo el cielo plomizo lo veo con su andar pesado, la cabeza gacha y el corazón oprimido. Efluvios de viejos recuerdos llegan a mi alma. ¿Será que vuelve a pesar de los años sin tiempo, ni meses, ni horas? Solo instantes infinitos. A través de la lluvia lenta, lo veo, lo siento, lo presiento...

Recuerdo su sonrisa dulce, tranquila inquieta, su aquel primer beso, su mirada intensa, fuego que derrite cualquier hielo. Sus manos callosas del duro trabajo, de años de caminar sin recuerdos, su voz profunda que incita al deseo. En aquel instante, lo presiento intenso. Abro mis brazos que vuelan palpitantes a su encuentro...

La figura pasa de largo a través de mi ventana, ventana sin tiempo.



Olvidos

María José Cardozo

"Bienaventurados los olvidadizos, pues olvidan incluso sus tonterías".

Friedrich Nietzsche, en *"Más allá del bien y del mal"*

Me olvidé, me olvidé otra vez, me olvidé las llaves en algún lugar.

Antes de llegar a mi casa comencé a buscar en los bolsillos de la cartera. Nada en este, nada en aquél; en el otro cierre, tampoco. Caminé lentamente por las tres calles desiertas, buceando, tratando de pescar las llaves en el océano de objetos, tocando, tanteando con desesperación. "No puede ser, me las olvidé, ¿dónde?".

Llego al portón frente a mi casa. Miro desde lejos la puerta. Y, con la última ráfaga de sol, el brillo dorado las delata. "¡Malditas!". Ahí en la cerradura están puestas, a la espera del ladrón que no pasó.



Memoria

Luis Neira

A veces
la memoria
se esfuma.
A veces
la memoria
es como el humo
que viaja
-va y viene-
en la brisa
de los tiempos.

Pero la memoria
-ese humo fugitivo-
es el aroma
de aquella
vieja hoguera
donde arde
nuestro fuego.



Otro mundo

Teresa Porzecanski

La cocina era otro mundo, mucho más cálido y humano que el comedor. Sin embargo, allí sucedían cosas terribles: se descabezaba a los pollos, se les hacía sangrar, se les arrancaba el plumaje, se vaciaban los patos para rellenar. La escasa ventaja de los peces era que llegaban ya lívidos, con su mirada fija y lateral, impertérritos. Pero cuando el filo de las cuchillas raspaba esa piel dorada, iridiscente, algo en ellos temblaba sutilmente.

A Celina la recuerdo morena, al mismo tiempo grande y leve como un ángel benefactor, cada mañana dueña de esas vidas sorprendidas caídas entre sus manos por el capricho de un destino inescrutable. Cada vez que traían del mercado esas aves inquietas, despavoridas, o los peces letárgicos, agónicos, Celina se encimaba sobre los cuchillos, las grandes ollas, las pavas que murmuraban conversaciones inaudibles, para disponer con entusiasmo de sus muertes.

Había en sus gestos una rara certeza, no la duda sino una convicción práctica: esos seres convocaban un sentido ya acordado de antemano en algún pacto anterior con el dueño de los mundos. Nada se transgredía con esas muertes sazonadas, nada sería culposo en las especias que luego colmarían de sustancias nuestras bocas.

A pesar de su decisión indeclinable y de esa comprensión última del sentido de la animalidad sobre la tierra, Celina evitaba mirar a sus víctimas cuando el toque de gracia. Llegado el momento, levantaba súbitamente el rostro, con una actitud respetuosa y un rezo entre los labios. “Morir es algo íntimo” nos explicó un día, “algo muy especial”. Y sonrió: “algo que no debe ser observado por extraños”.

En las tardes amenas, terminadas ya las tareas de la escuela, la cocina mostraba su aspecto más seductor: brotaban siempre aromas dulzones desde el horno: pasas de uva, azúcares tostados crepitaban en el pantano de mermeladas lustrosas sobre fuegos lentos y azulados.

Celina combinaba harinas volátiles y espléndidas yemas anaranjadas, batía con un enorme brazo -que

parecía ser suyo- grandes porciones de crema que ascendían y ascendían hasta los bordes, amenazando derramarse. Amasaba panes esponjosos que se solidificaban y cambiaban de color. “Estos panes” decía Celina, *están vivos. Óiganlos cruji*r”. Nosotros apoyábamos el cráneo contra las costras tibias de los panes y escuchábamos sus diálogos enharinados: conversaban con una voz pequeña, diminuta.

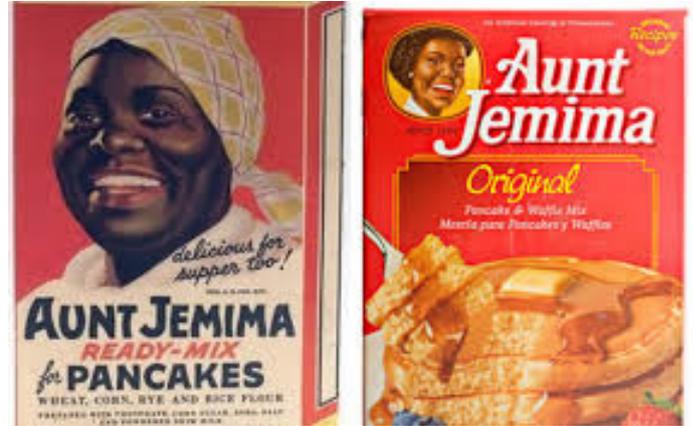
En la cocina, Celina pedía a las niñas que peláramos habas, arvejas. Sentadas sobre los altos escabeles, fascinadas, las bayas en el regazo, quebrábamos una a una sus resistencias. “De sus úteros verdes, decía Celina, *dan a luz hijitos blancos, algunos gordos, otros debilitados. Como niños*”. Al caer la noche, las simientes descansaban en médanos serenos sobre



la madera, sobre la madera cruda de la mesa, y Celina explicaba que, en cualquier momento, sus pliegues habrían de dar a luz antenas vivas que se llenarían inmediatamente de hojuelas.

Un día nos reveló un secreto secretísimo, transmitido por el espectro de su abuela ancestral: que Xangó, encaramado en los altos follajes de sus densas selvas tropicales, la contemplaba cocinar y aprobaba cada una de sus recetas. Era el mismo Xangó quien vigilaba la dedicación con que alternativamente estiraba y enrollaba la masa arcillosa de sus pasteles, como si con ella estuviese creando una nueva humanidad. De azúcar y jengibre. De jugo de melón. De gelatina. Una humanidad que fuera ingiriendo con cada bocado y resultara una explosión de dulzura en el estómago.

Así eran las cosas en la cocina, madriguera, nido, lúcido altar de sacrificio cotidiano donde nos refugiábamos de pesares para rescatar -aborigen- el sentido.



Calles

Giselle Petrides

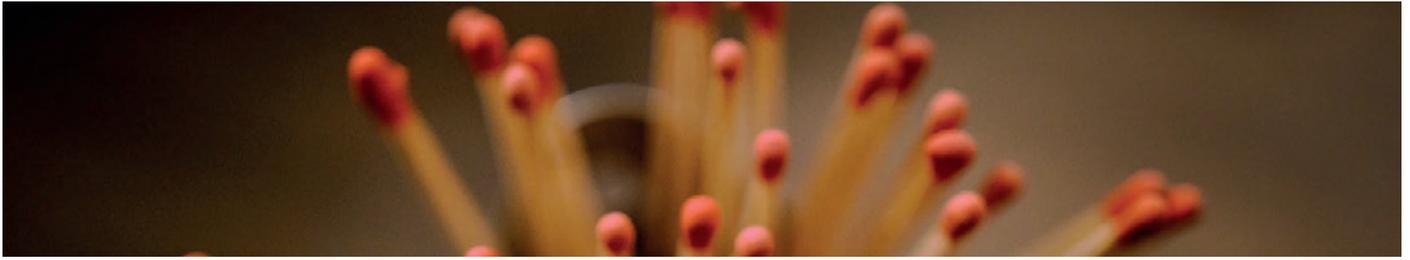
Tenues farolas revelan extraños seres. Son hombres y mujeres refugiados en su mundo nocturno. Presencias ocultas de la memoria colectiva. Sus labios comparten una bebida transparente.

En tenso silencio observo sus comentarios, sus gestos. Ellos sin saberlo me interrogan. No sé qué pensar.

Viajo en soledad. Tercamente los faros iluminan. Distingo hojas y papeles. Bolsas infladas como cometas sin hilo, buscan el arriba. Árboles bañados de otoño pasan en infinitas hileras. Hoy transito la soledad de mi calle, acompañada por los vibrantes acordes de un piano, quisiera ahuyentar el grito del viento. Ansío llegar a mi hogar.

En la tempranera mañana suaves sonidos le abren camino a la vida. Es el golpeteo de la lluvia resonando contra el ventanal. Veo pasar el viento. Con un jarro de café en mi mano, hablo con los pájaros.





Interminables

Carolina Peula Morales

Cuando era niña, creía que el sonido del tren era un elefante escapado de un circo llegando a la ciudad. Que los besos eran hijos y las cajas de fósforos Fragata, ambulancias que transportaban hormigas pacientes en estado terminal. Yo cumplía el serio rol de enfermera desmembrando las mismas y "curándolas", pegando sus partes con cinta pato.

Cuando era niña el tiempo no importaba. Las horas eran interminables.



**Soy
el mendrugo de rosas,
bocado de viento
recorriendo la tarde.**

maritacabrera®

Infancia

Silvia Magadán

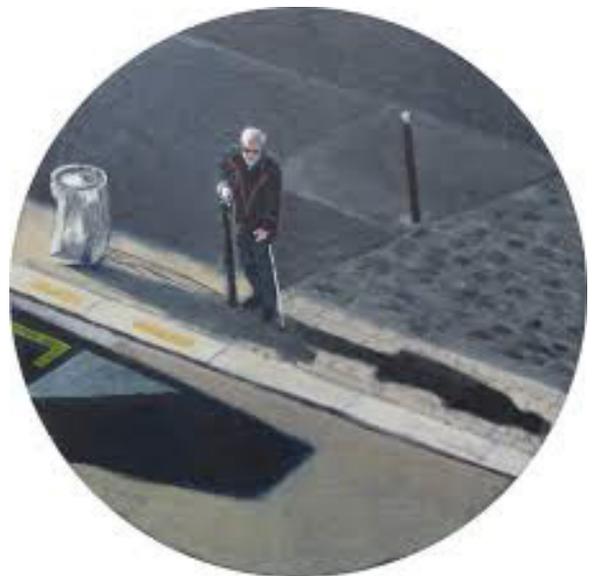
Mis abuelos tenían una chacra en los alrededores de Pando, allá por la década del 50. Íbamos los fines de semana con mis padres. Nos quedábamos mi hermana y yo, felices, hasta el atardecer del otro día. Nos trataban con mucho cariño. Abuela nos hacía las comidas más ricas: flanes, tortas, merengues...todo caserito. Abuelo nos llevaba a recorrer los distintos lugares como el gallinero, el establo donde había una vaca y un caballo. Nos encantaba recoger los huevos y ponerlos en una canasta. ¡Nos sentíamos tan ricas! Eso sí, no me acercaba mucho a la vaca ni al caballo. Era bastante temerosa. Nunca me animé a ordeñar ni a montar pero disfrutaba de ir a las tomateras, recoger frutas que arrancaba y llevaba inmediatamente a la boca. Eran exquisitas.

En cuanto a juegos me encantaba la hamaca. Aprendí rápidamente a usarla, pero me gustaba más que abuelo o abuela me empujarán, sentía que iba a volar. Todas esas “aventuras” las recuerdo con mucho cariño.

Un recuerdo como mágico diría yo, es el del camino hacia la chacra de un amigo de abuelo. Yiyi, le decíamos, así sonaba muy dulce, como él lo era.

Cada domingo temprano, salíamos de la casa y pasábamos al lado de las parras y desde allí, al campo abierto. A lo lejos, un bosquecito que parecía circular. Al entrar en él era todo muy oscuro. Los árboles estaban como pegados unos a otros, el sol no podía penetrar. Había un caminito en el que caminábamos uno delante del otro. A lo lejos se veía un pequeño lago, un espejo de agua. Sentía que estaba dentro de un cuento, pero claro no nos podíamos detener mucho rato. Era una visita al amigo y vecino del abuelo.

Continuábamos caminando y allí nos encontrábamos con un terraplén que subíamos de a poquito. Su material era bien rojo, seguramente hecho de ladrillos desechos, de ideal e inmejorable color. Desde allí la vista era fantástica. Pastos altos, árboles, con y sin flores y lo que nunca se me borró de mi mente: un tipo



de cactus grandes, altos, con gran cantidad de flores, con partes brillantes, blancuzcas, de forma ovalada, casi circulares del tamaño un poco más grande que una uña. Con el sol resplandecían, eran espectaculares.

Cuando trato de quedar dormida en las largas noches, muchas veces aparece esa visión: perlas, que en realidad eran flores, flores como perlas.

Durante muchos años pensé en volver a esos lugares. No he vuelto nunca porque me dijeron que todo por allí está muy cambiado. Temo perder la visión de mis perlas/flores. Me quedo con esos maravillosos recuerdos sabiendo que me acompañarán siempre.

Sabés

"Poemas de amor". Idea Vilariño

Sabés
dijiste
nunca
nunca fui tan feliz como esta noche.
Nunca. Y me lo dijiste
en el mismo momento
en que yo decidía no decirte
sabés
seguramente me engaño
pero creo
pero esta me parece
la noche más hermosa de mi vida.



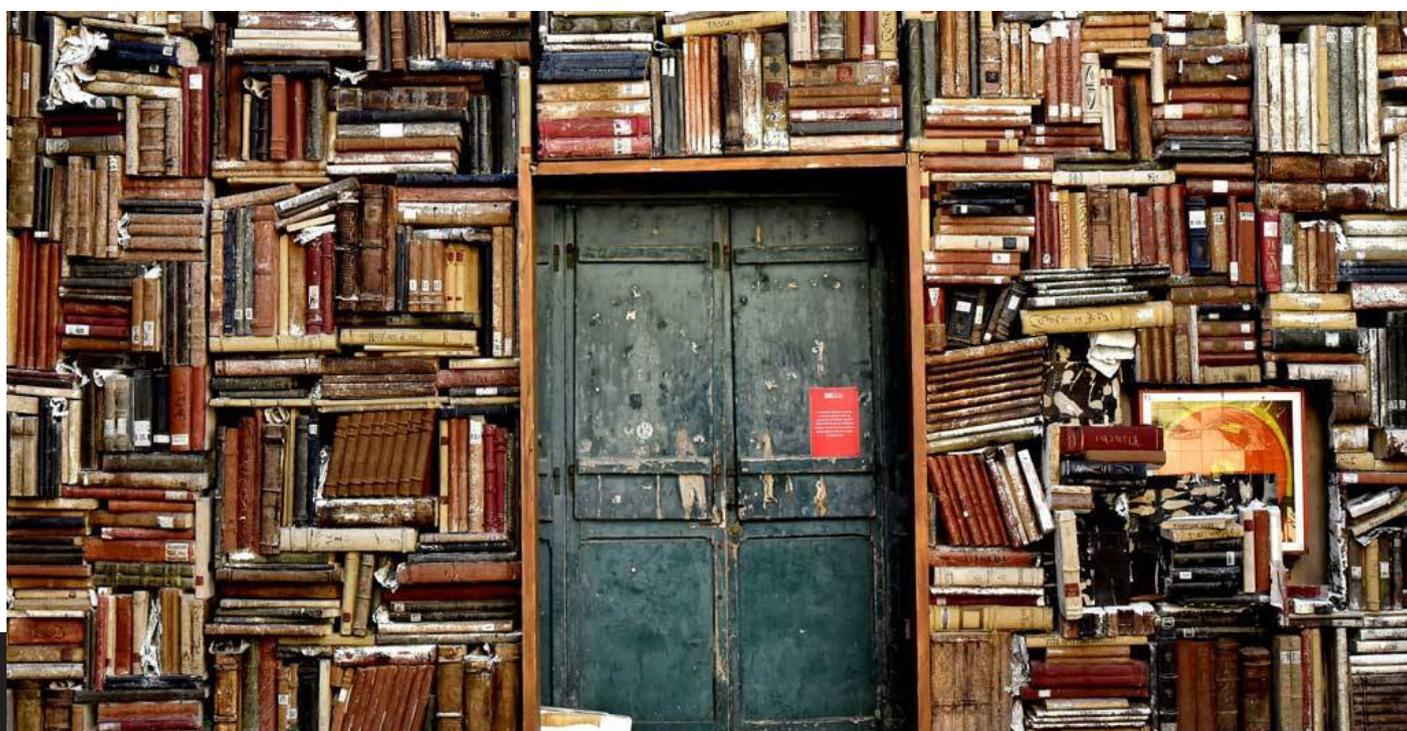
El no lugar

Damián Rodríguez

La enorme casona, era en su totalidad una belleza, tanto en el decorado, como en lo arquitectónico y estructural. Por dentro, destacaba esencialmente su jardín delantero, sus amplias ventanas, sus escaleras. Pero lo que más me llamó la atención desde aquel día que la vi por primera vez con seis años, fue la enorme puerta de roble con estampados de oro macizo, que daba directo a la antigua biblioteca de mi desaparecido (presuntamente muerto) abuelo, a quien además pertenecía esta casa, donde por aquella época recién nos disponíamos a habitar. Los primeros cinco años en el viejo/nuevo domicilio fueron bastante normales. Sin embargo, durante ese tiempo existía algo que me seguía preocupando, se trataba de la puerta, aquella puerta cerrada con infinitos candados que llevaba a la única biblioteca, y de la cual mis padres siempre me mantenían alejado, llegando incluso a castigarme cuando preguntaba por ella, aunque claro, esto solo me daba más expectativa. ¡Padres tontos! pensaba yo en ese momento, pero el tonto, era yo.

Un día cuando ya tenía trece años, mis padres se fueron del país en un viaje de negocios por una semana, dejándome a la suerte del deplorable cuidado de Tía Marta. Esta, para mi fortuna, tenía el sueño tan profundo que parecía que estaba hibernando. De esta manera ya el primer día, cuando Martita se desmayó en su cama, y habiendo previamente investigado a fondo la casa, robé todas las llaves de la puerta, las introduje una por una para finalmente abrirla velozmente y entrar sin ningún miramiento, pues esta era la oportunidad perfecta de saciar toda una vida de preguntas sin responder. Lo que vi apenas entrar fue, al menos increíble, justo frente a mis ojos se hallaba parado el Abuelo, con un libro en la mano y exactamente igual a como se lo podía ver en sus últimas fotos. Pero antes de que pudiera decirle nada comenzó a hablarme - Hijo, sé que estás confundido, pero no hay tiempo, aquí dentro, literalmente no hay tiempo, no existe. Pero afuera, allí nunca se sabe qué pasará, estando aquí podré leer toda la eternidad, podré caminar sobre ella creándola con mis propios pasos, y cuantas veces quiera. Sin embargo, -¡tú debes vivirlo! así que ¡fuera! vete antes de que sea tarde - Y justo en ese momento me empujó fuera de aquel espacio con una repentina ráfaga que expulsó de su libro.

Al salir observé mi alrededor: la casona estaba en ruinas. Mi visión se posó instantáneamente en una de las esquinas; allí se encontraba una mujer muy anciana llorando. Me acerqué, la toqué, ella me miró. Reconocí, a pesar de su vejez, a mi madre, quien con una voz muy cansada y débil me preguntó - Hijo, ¿dónde estuviste por sesenta años?



Somos

Patricia Romagnoli

Desde tiempos muy remotos
De Amazonas y Troyanos
Pasaron mil y una historias
Modelando sueños atados

Somos mil cosas en una
Somos vida y también dardo
Con la lanza defendemos
Con el corazón nos dejamos

La historia es el equilibrio
Entre lo bueno y lo malo
Vinimos marcando rumbos
Surcando mares crispados

La balanza hoy se inclina
Y vamos ganando espacios

Llegando a puertos queridos
Pero respetando contrarios

Somos tierra prometida
Somos valle del milagro
Hoy los hijos muy queridos
También crecen sin reparos

La vida hoy nos demuestra
Que de emociones brotamos
Luchando por los derechos
De un mundo sin derrotados

Todos somos mensajeros
De un futuro justo y claro
Que mañana no se diga
Que hicimos mal el mandado



Abriles sinfónicos

Patricia Barboni

Cada letra
de cada verso
es una lágrima
que no he podido
derramar
Cada lágrima
de cada llanto
son palabras
que no llegué
a pronunciar

El mundo ha quedado
vacío no sé dónde se han ido
el sol, tus tés con leche
mis cortados
los suspiros
Dónde han ido
tus archivos
tu memoria
mis historias
nuestro río



Ese alguien

Graciana Garra

-Adivine, me respondió una voz fría y superior. Alguien me conminaba. Así desperté de un ligero sueño, sentada en mi sillón preferido, frente a una crepitante estufa hogar. Hacía frío. El libro que estaba leyendo había caído de mi falda, también mis anteojos, efecto de la laxitud que provoca el sueño. Un tango ronco, rezongón y arrabalero sonaba a lo lejos.

Nadie había en la casa. Un escalofrío sacudió mi cuerpo. Arrimé más astillas al fuego, quise retomar mi lectura. Imposible. No pude. Entonces, comencé a recordar mi sueño.

Seguramente no podría precisar quién era mi interlocutor. Sí recuerdo una voz grave, acusatoria, preguntándome: - ¿dónde estaba en abril de 1976? Y más precisamente, -¿qué hacía la noche del 20 de abril de 1976?

¡Cómo no recordar! me dije y de inmediato le respondí: -Usted lo sabe. Esa misma noche y bajo sus órdenes y amenazas, usted arrebató mis sueños.

Una carcajada siniestra pobló mis oídos. Una luz ennegrecedora me impedía ver su rostro, pero esa voz... Esa era "su voz".

Miré "mis manos"; ya no eran las de entonces, suaves, afiladas. Estas, las de hoy, ásperas, sarmentosas, se apoyaban resignadamente en mis rodillas junto a mis sueños, mis sueños apresados aquel 20 de abril de 1976.

Graciana Garra. Tallerista del Taller de Apreciación Literaria "Misterio" en diálogo con un texto del escritor argentino Mempo Giardinelli trabajado en clase.



Parranda

Rafael Courtoisie

La fiesta es en el cuerpo
invisible, en el de más adentro
el que no ocupa espacio
ni masa, solo pensamiento
y luz madura, fruta
de carne sin sombra, tajadas
de sexo prieto.

La fiesta es naturaleza viva;
papaya, chirimoya, relámpagos
de naranja, gajos
de noche fresca.

...

Empieza la fiesta.
Otra vez.
La fiesta empieza.
Cada vez que acaba
empieza otra
y termina.

Empieza
Atardece
y amanece.

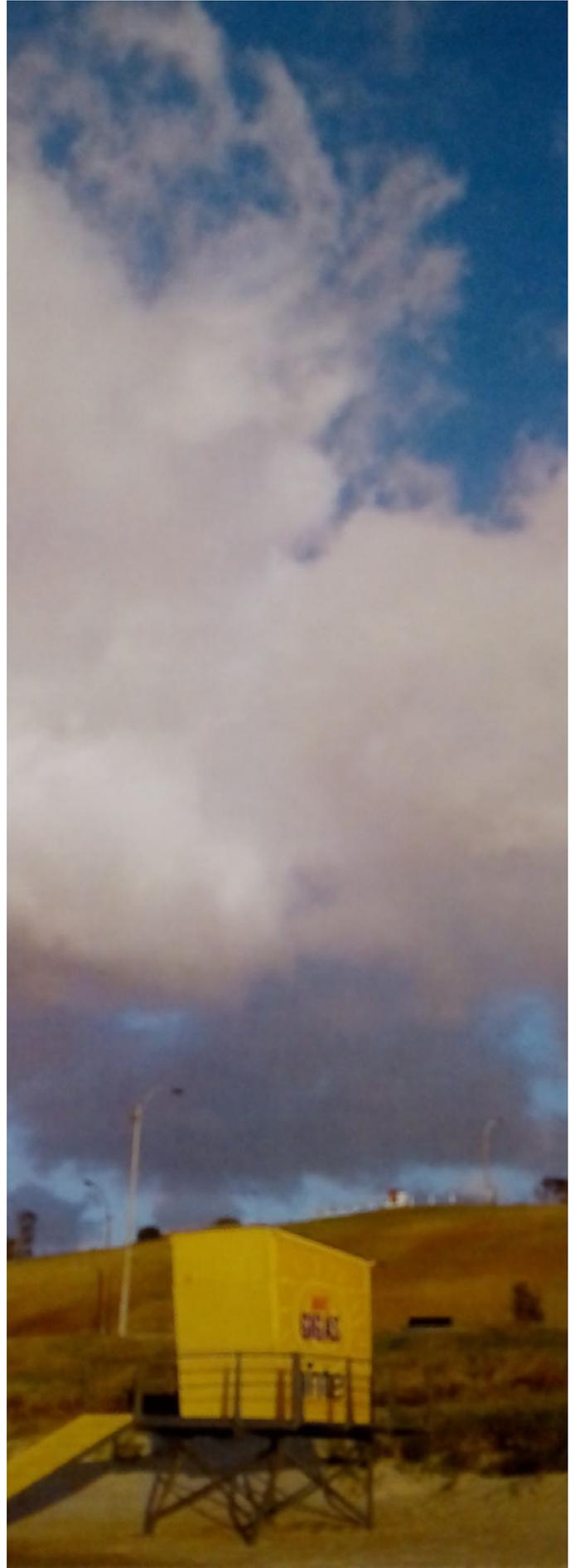
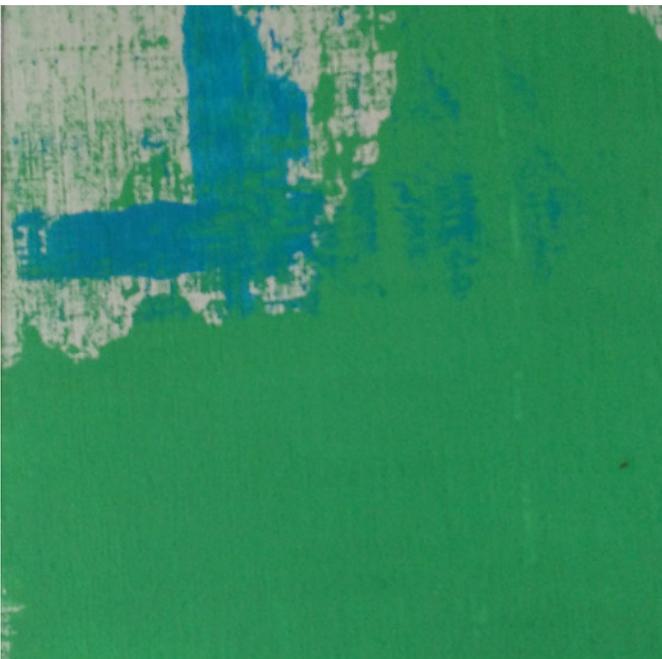
Patria, parranda
para todos.



En algún lugar

Elsa Rodríguez

En algún lugar
quisiera estar
en un vergel
florecido
en una playa ignota
en una isla
solitaria
en un campo
de amapolas
en el aire
como las aves
como los perfumes
como las nubes
como en mis sueños
quisiera, quisiera...



Lenguajes complementarios: de las artes visuales a la literatura

Juan Carlos Conti

Me interesa pensar en un arte capaz de integrar las artes plásticas y visuales, la música, la literatura y la danza como un concepto único, despojado de límites, como describe Umberto Eco en su magnífico ensayo “Ópera Aperta” escrito en la década del 60.

En lo personal creo fundamental alimentar el universo creativo con la teorización filosófica de autores como Kant (1788-1860), críticos de arte y filósofos más contemporáneos como Arthur Danto, George Dickie y Donald Kuspit, entre otros.

La creación artística nace desde lo sensible, pero esa sensibilidad ser estimulada por las ideas, así como por el resultado de la decantación de las vivencias, tanto personales como las recogidas desde la buena literatura.

Siento que mi objetivo como artista es tratar de procesar las emociones y sentimientos que en el marco de la reflexión intelectual y el apoyo técnico, hacen posible el acto creativo.

Creo en un concepto de *arte dinámico* que se transforma con el tiempo y con los cambios culturales, enriqueciéndose con su historia. Con esa responsabilidad trabajo y considero mi obra permeada por referencias desde cuando el arte ni siquiera era arte.



Textus Ludus

Lilián Madfes

El cuento de Stefan Zweig actúa como disparador para esta obra de Lilián Madfes que es, a la vez, tablero y partida entre dos contrincantes que, simbólicamente evocan los dos grandes contrarios asociados a la condición humana: el Bien y el Mal, la guerra estilizada que tiene como trasfondo al Holocausto que dejó sus huellas en la familia de la artista y marcó, hasta llevarlo al suicidio, al autor de "Novela de ajedrez", obra tan evocadora e inteligente como esta mesa "de juego" donde se estiliza un combate de valores personales e históricos que recogen el dolor, la locura y la memoria de algunos de los momentos más oscuros del siglo XX.

El cuento de Zweig actúa como disparador para esta obra de Madfes que es, a la vez, tablero de juego y escenario de enfrentamientos personales, sociales y morales. La tensión dialéctica se expresa también en la mesa donde el juego es el pretexto para que asome

lo insólito: el conflicto entre seres humanos que se mueven en el mundo como piezas de ajedrez.
"Vacío total; alrededor mío no había más que la Nada, nada que hacer, nada que ver, nada que oír. Allí no había nada que pudiera distraerme de mis propios pensamientos".

Dr. B. en "Novela de ajedrez" de Stefan Zweig.

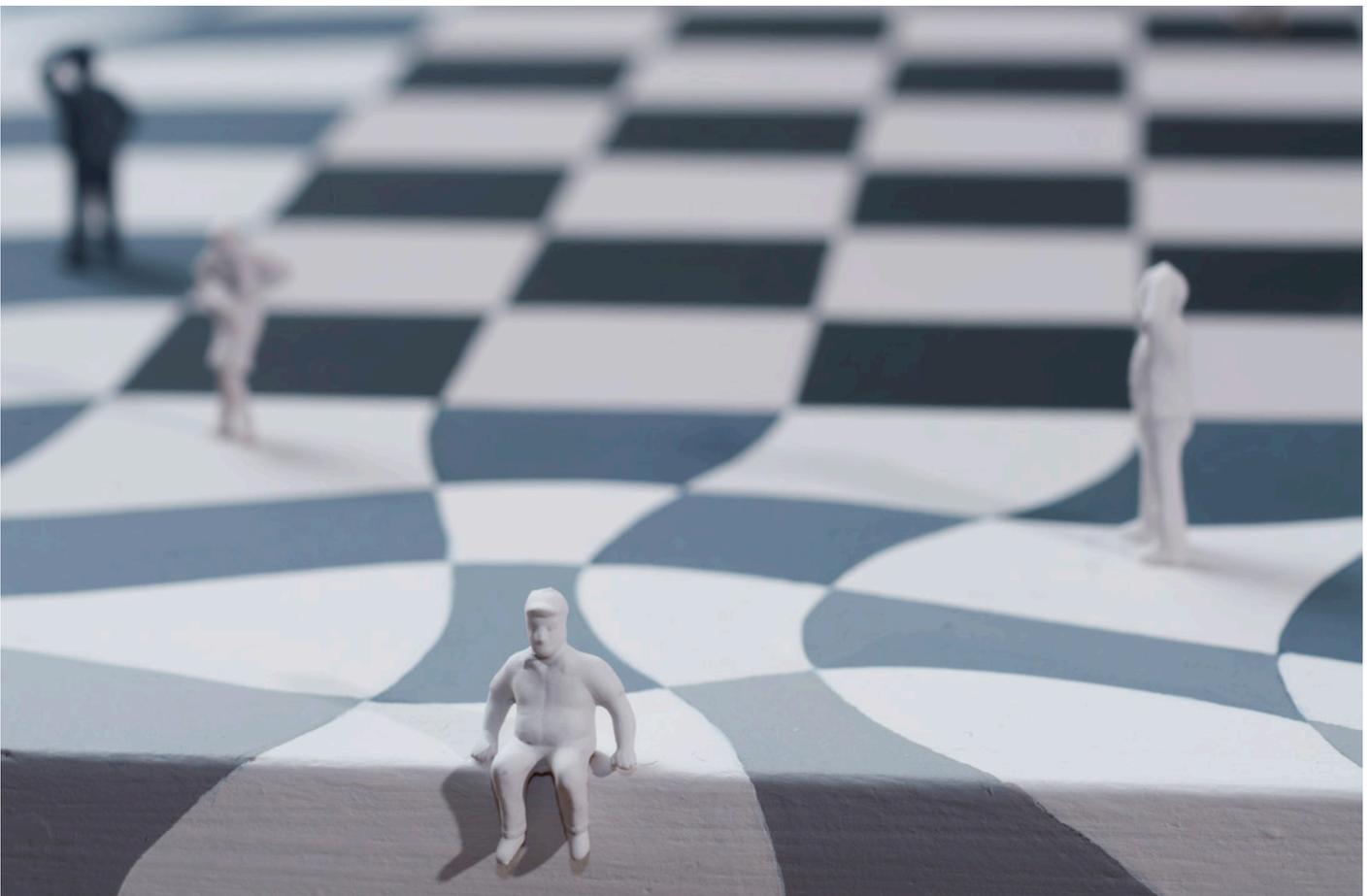
Rivalidad de estrategias entre jugadores y uno mismo en este tablero de juego de mesa y, alejándonos, desaparecen las rectas, surgen los grises, y las piezas (aquí antropomórficas), aguardan las órdenes de su amo, temen las del oponente, o ya están fuera de juego.

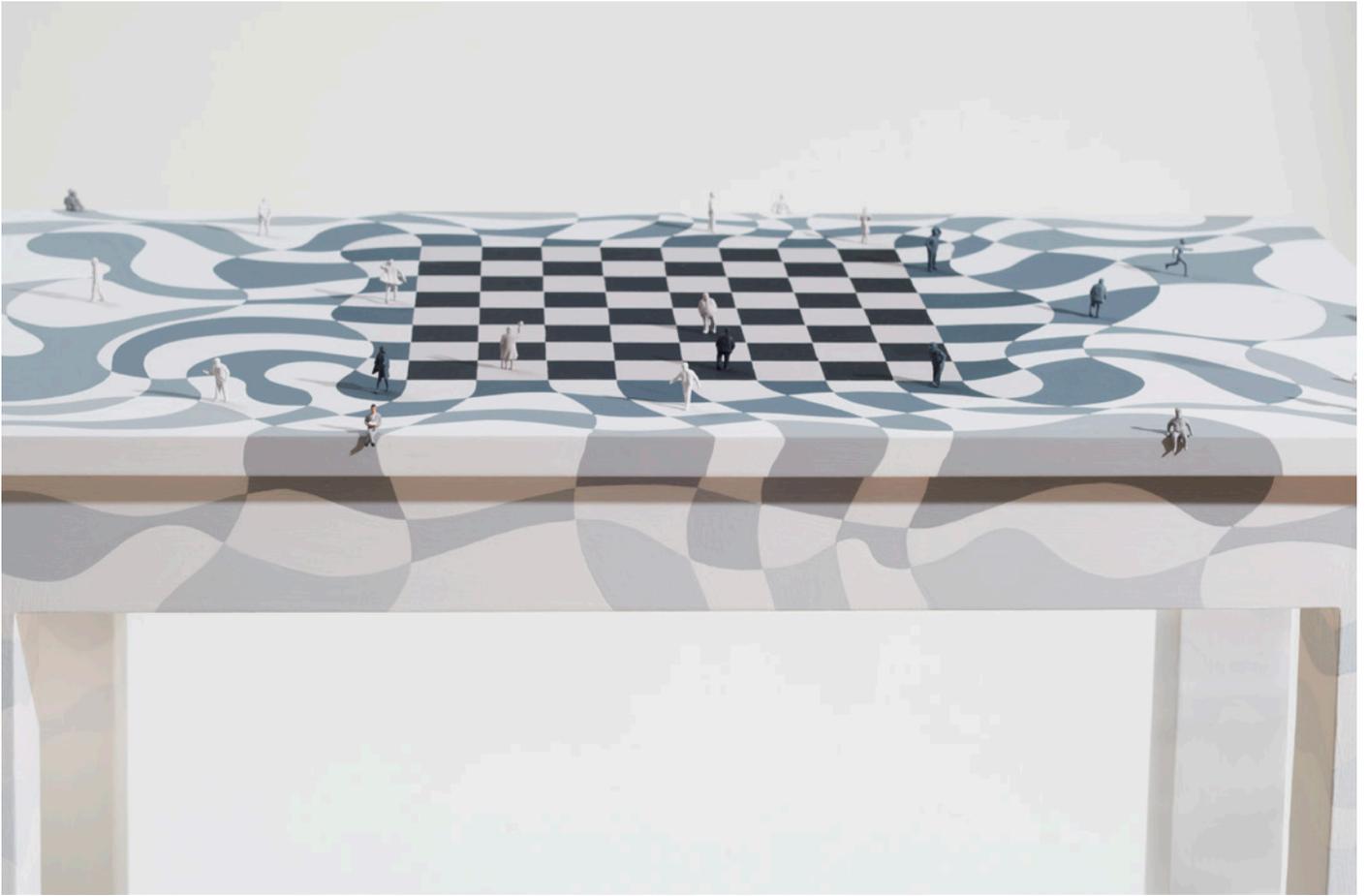
"Yo blanco, Yo negro".

Madera y figuras pintadas.

79 x 70 x 40 cm.

2012.





Phoro y @Tapetumsaurus

Patricia Horovitz

Los libros, las obras de arte son constructoras de historia. También la música.

Siempre que produzco y escribo la letra de una canción me imagino algo; nunca es algo en abstracto en mi mente. Es casi siempre como un cuadro surrealista porque es el mundo que yo suelo habitar. Lo veo completamente como algo visual. Mis letras son poéticas y uso las palabras como pinceladas. En combinación con lo sonoro se genera una historia más completa y lo lindo de esto es que lo visual (el resto) lo crea el oyente. La música expresa al igual que la literatura o la pintura, solamente que lo hace con signos diferentes.

Ser mujer y ser música, compositora y estar al frente de una banda, es difícil, duro, más duro que para los hombres.

El mundo de la producción musical, el liderazgo de una banda y ser la creadora que lleva las riendas, exigen un gran carácter en este terreno que, casi en su totalidad, está ocupado por hombres.

Por construcciones sociales bastante arcaicas, las mujeres siempre tocaron la guitarra (u otro instrumento dulce) o cantaron. El resto siempre fue labor de hombres: lo técnico, lo creativo a nivel de producción de canciones, por ejemplo. Lo "suave" se asocia con la mujer y "liderar" con el hombre.

Respecto al concepto anterior, realmente nunca le di importancia. Siempre hice aquello que sentía y lo que me salía con naturalidad. Si de algo estoy segura es que como mujer, siempre tienes que probar que eres el triple de buena de lo que es un hombre para ser respetada en el rubro.

De hecho, cuando comencé a producir no publicaba fotos de mí. El público virtual creía que yo era la cantante de la banda. Les era imposible asociar que una mujer fuera quien hacía, también, toda la música.

Creo que con el correr de los años, mi personalidad "más fuerte", o al menos la que expreso a nivel público, se forjó en gran medida por lo que hago y por cómo lo expreso.

Patricia Horovitz, hija de Lilián Madfes: ambas también unidas a través del arte.



El mar no tiene caminos, el mar no tiene explicaciones.

Alessandro Baricco

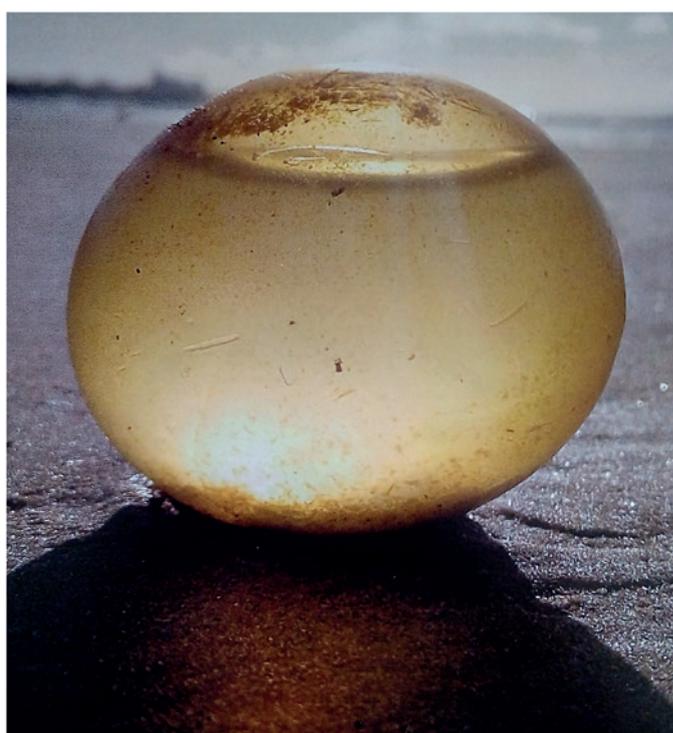


Ignacio Gastambide

Te traje la marea

María Eugenia Fernández

Te traje la marea al amanecer.
Deposité en ti una mirada transparente.
Me devolviste una luz antigua.
Te traje la marea al amanecer,
con tu música íntima que ahora es mía también.
Te traje la marea al amanecer anunciando el origen.



Destino

Graciela Sujanof

No tiene treinta años, camina rápido porque muy temprano va para su trabajo. Es maestra jardinera. Sorpresivamente, una cierta inquietud se apodera de ella. Debe cruzar un parque poco alumbrado y desierto a esa hora. Debe llegar antes que sus alumnos. Apura el paso. Su instinto la coloca en estado de alerta. Por el rabillo del ojo, lo ve.

El adolescente la mide con la mirada. De pronto se abalanza sobre ella. Intenta quitarle el viejo portafolio que lleva en sus manos. Logra decirle que solamente tiene "cuadernos viajeros" de niños de cuatro años. Ana coloca sus manos sobre el maletín y lo cubre con su cuerpo. Busca la mirada del muchacho. Él, despacio,

midiendo el tiempo, abre el portafolio, se arrodilla y saca un cuaderno. El nombre Agustín Sosa, reza en él. Las miradas se cruzan. La pequeña navaja juega el rito despiadado de la muerte. Ana reconoce al hermano de Agustín.

Por un momento, el joven queda paralizado. La maestra le toma la mano que tiene libre. Sus dedos se entrelazan. Siente que el camino es difícil pero no imposible. En el regazo de Ana cae una navaja sin sentido y unas manos cierran el cuaderno de Agustín.



Mariposas de ciudad

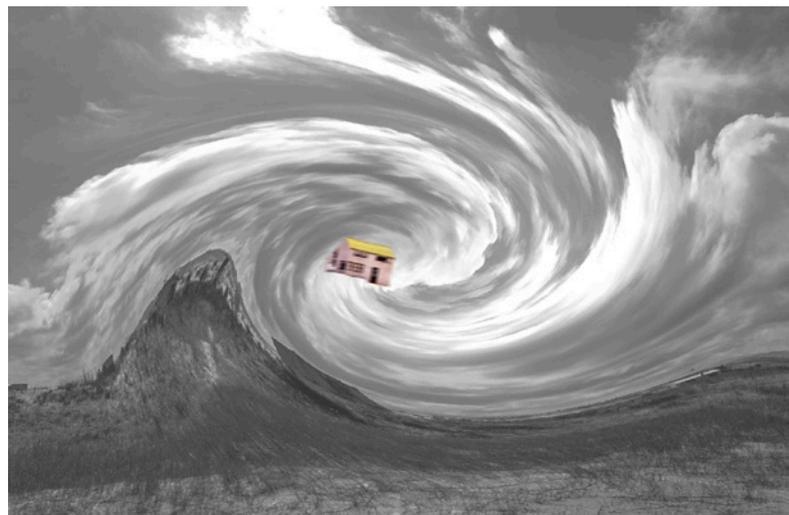
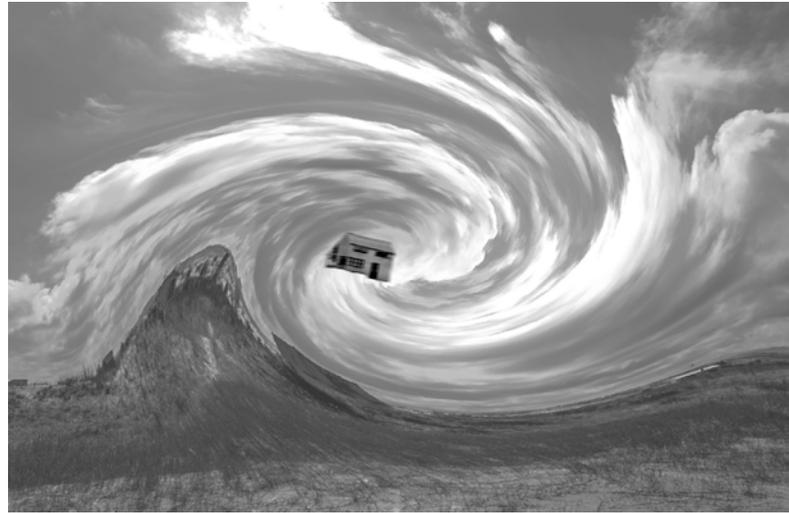
María Sánchez

*Una palabra
Una palabra, solo una palabra:
y de pronto la vida se me llenó de luz.
Dulce María Loynaz*

I.
Llenando mi ser de palabras,
habitándome como si fuera una casa cercana al mar
así fue adentrándose en mi vida.
Con la tibieza y la sensibilidad de haber sido mi musa.

II.
Despierto a un mundo desconocido.
Como si hubiera más nacimientos de los previstos.

III.
Con solo una palabra me curó.



Mariela Blanco

Taller virtual: ¿Cuál es la palabra que cura?

ESPERANZA [fuerza para seguir adelante]

COMPAÑER@ ["comer juntos del mismo pan"]

CAMINO [por dónde van nuestros pasos]

NUMEN [como inspiración]

EQUIPO [bella palabra para mí]

PRESENCIA [tal vez por un tema de contexto personal]

VOCES [el yo lírico está abrumado de palabras]

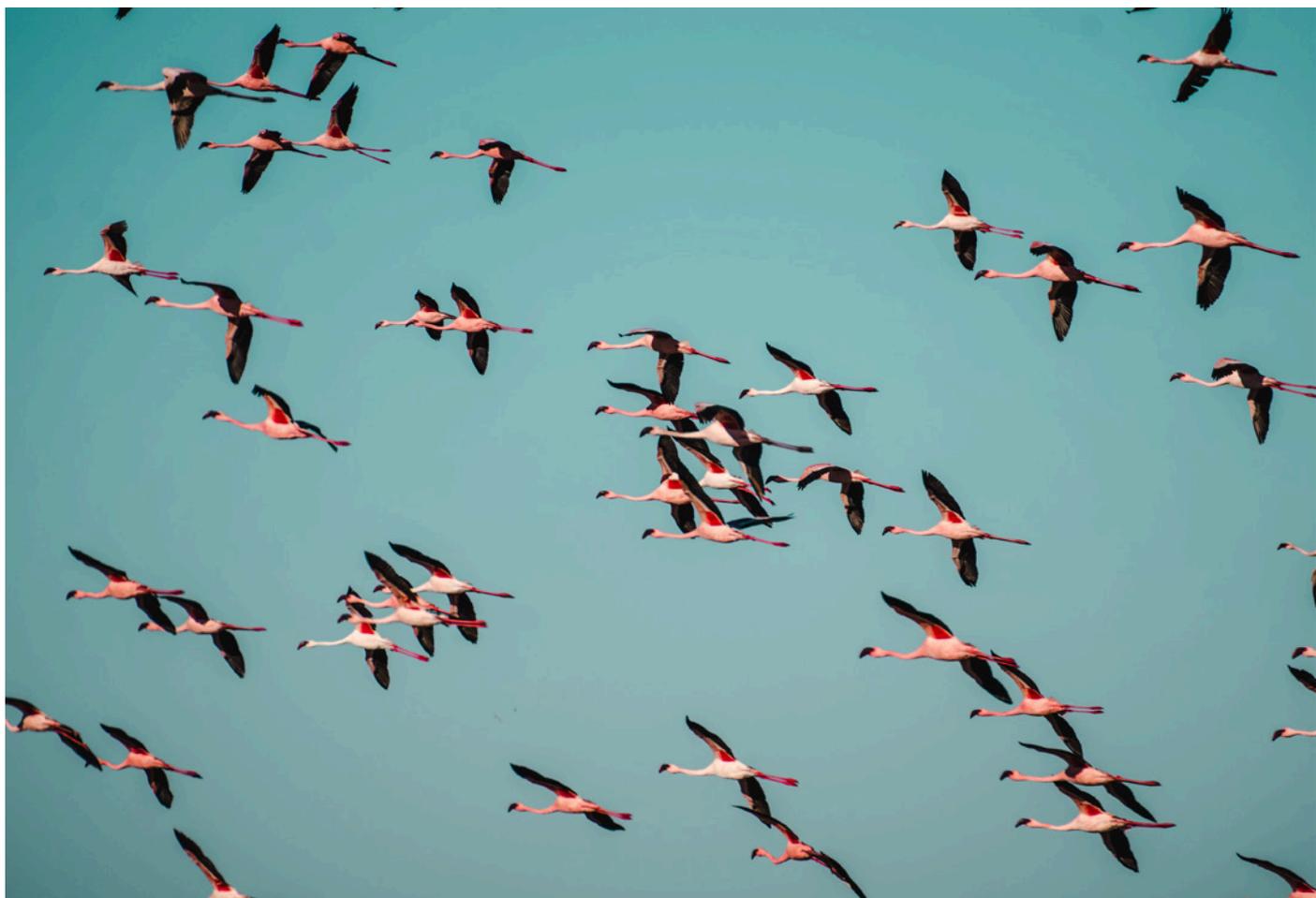
VIDA [como disfrute de hij@s, niet@s, sonidos, colores, lecturas, amistad]

COMPRESIÓN [como la base del entendimiento hacia el/la /Otro/a]

LEALTAD [abarca todos mis valores/amores]

PASIÓN [hacia lo que sentí y siento]

HIJA - CONFIANZA - AMOR - AMISTAD - CRECIMIENTO



El ángel

María Laura Blanco

Bajé del camión con las dos alas apretadas contra mi espalda por el largo viaje. Una ola de polvo me hizo cerrar los ojos.

La calle de tierra era larga y sinuosa. A los costados unos pocos ranchos y un alboroto de cotorras alrededor del único árbol visible: una acacia vieja, tirada ya contra el suelo, hastiada de albergar intrusos.

El camión paró unos minutos para dejar las garrafas de gas, unas bolsas de papas y tres paquetes que parecían libros. Quedé inmóvil tratando de ver a los alborotadores mientras el vehículo, ruidoso y destartado, se alejaba, perdiéndose en el polvo rojo. Los niños, descalzos, casi desnudos y los pelos pegados a la frente, dieron vueltas a mi alrededor sin pronunciar palabra. Sentí que en cualquier momento me desplomaría derretida por aquel sol.

Quise aproximarme a la acacia para descansar debajo de su escasa sombra pero no pude moverme, los niños tironeaban con fuerza de las alas impidiéndome avanzar.

A lo lejos vi un carro bamboleante como un ebrio, tirado por un hombre viejo y lento. El viejo tiene un cigarrillo en la boca y sus pies descalzos están amoratados. En el carro trae unos bidones con agua, algunos panes redondos, negros y cuatro gallinas con los ojos vendados chocándose entre sí.

Es el ángel, es el ángel que estábamos esperando, gritan los niños.

La voz del hombre ronca y segura espantó a los pequeños que se fueron corriendo hacia el lado del mar.

No encontré palabras para agradecer aquel gesto y cuando reaccioné habían desaparecido el carro, el viejo y los niños.

Un silencio extraño, como de final, se adueñó del espacio. Al mismo tiempo el viento fuerte, casi agresivo, hizo desplegar un poco más las alas.

Sentí presencias, ojos observando en cada ventana. La mochila pesa pero creo que es una fuerza invisible la que me impide avanzar.

Recordé que a veces, cuando uno cree que todo termina, en realidad, recién comienza.

Veo salir humo de algunas chimeneas, eso me tranquiliza. Sé que no estoy sola. Un rancho con una cruz de madera me indica que allí está la iglesia.

Me detengo y entro pisando los pastos altos. Las paredes del rancho están torcidas, el techo tiene algunos agujeros y hay telas de araña en la puerta.

Tendré tiempo de ventilar, pienso. Hay que sacar todas las cosas al sol que ahora se deja caer vertical sobre mi cabeza.

Abro cada ventana y recorro las piezas que están frescas y con olor a humedad. Parece que revivo, encuentro un taburete de madera frente a la puerta que da a la calle.

En pocos minutos comenzó el desfile : enanos, gigantes, amputados, niños y viejos, viejísimos seres con cara de tortuga y otros con caras de gaviota. Pasan en lenta procesión y cada uno deja algo en mi puerta. Aún con las alas asomando me acerco y abro los brazos en forma de saludo. Uno se esconde detrás del otro con súbita vergüenza. Luego los galgos ladran con desespero. Escucho voces murmurando un rezo.

Acomodo mis cosas, primero las esferas de cristal, luego los zancos y el traje para subir al trapecio. Por último cuelgo las alas que mis tías confeccionaron con paciencia y perfección.

Así fue el inicio de mi vida en el lugar.

Un día, mucho tiempo después, el pájaro entró por la ventana y supe que era el momento.

En la plaza del pueblo aguardaba el cable de acero, alto, tan alto que parecía tocar las nubes.

Con extremo cuidado coloqué las alas y con las bolas de cristal reflejando un arcoiris por la calle de tierra, aquel mediodía, muy parecido al que me trajo el camión, caminé sin prisa, hacia donde todo termina o donde todo comienza.



Grito de ascenso

Gerardo Casco

Soy un refugiado, uno moderno en Uruguay.

A las 9 de la mañana estos 33 orientales somos obligados a enfrentar al enemigo. Con lo que llueve el día de hoy, también a nosotros nos vendrían bien los tres lanchones.

Corro por 8 de Octubre mojándome, mi meta es llegar lo más seco posible a Tres Cruces. Cuando cruzo Bulevar un bondi me frena a veinte centímetros.

Entro a Tres Cruces, como siempre está lleno de idiotas que van despacio.

—¡Hay que apurarse! —grito mientras busco un ticket de café de Mc Donald que ya alguien haya pagado para mí.

Este virus que ni muere ni nos mata, nos aleja cada vez más, ahora hay un asiento para un humano y uno para el virus.

En toda mi hilera de asientos no hay nadie, solo el ángel y yo. No me doy cuenta si es hombre o mujer, parece estar muy maquillado, tiene los zapatos blancos manchados con rojo, parece sangre. Algunas plumas desenchajadas. Capaz se apoyó en la pared o algo.

—¡Hola! —me dice

—Hola! —respondo.

Quiero iniciar una charla, no sé bien qué decir, se da cuenta que lo estoy mirando.

—Debe ser difícil trabajar disfrazado desde tan temprano, ¿no? —le dije.

Se ríe.

—¿A qué te dedicás?

—¡Soy promotor! —me dice.

—¿Qué promovés?

—La Ley.

—Ah, libros de abogacía, código civil, ¿esas cosas?

—No, no ese tipo de Ley... También soy mensajero.

—¿Mensajero? ¡Pensé que con WhatsApp, Facebook, email y eso, la mensajería estaba en ruinas!

—Puede ser, pero darle a alguien un mensaje es mucho más directo y personal que ver letras en una pantalla. ¿Querés probar? Es un lindo ejercicio. ¿Qué le dirías a tu familia?

—Les diría que no se acerquen a personas disfrazadas de ángel y con sangre en los zapatos.

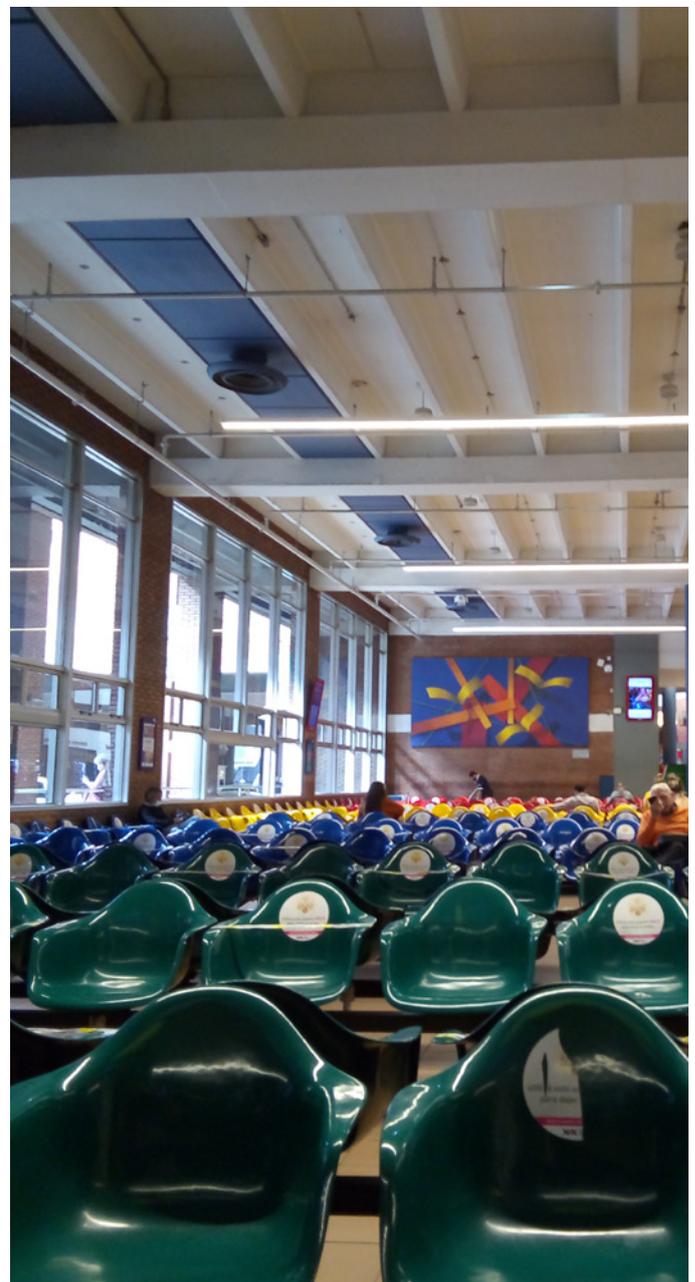
Como siempre, cuando no sé qué decir, hago un chiste. Se mira los pies.

—Sí —dice—. Hay mensajes de amor y otros de odio.

—Bueno, les diría a mis hijos que el día de mi muerte espero tener su recuerdo en mi mente. Con Florencia quisiera recordar el día que rompimos la cama saltando; y el recuerdo con Mati sería cuando corrimos de la mano los teros en un campo arado, cayendo, parándonos y volviendo a correr. No podíamos parar de reír.

Intento seguir hablando, pero no puedo. Me siento raro, no veo bien. El ángel me abraza.

—Lo lamento —me dice—, el ómnibus no frenó y resbalaste.



Mujer equivocada

Capítulo 1 Mercedes Rosende

Hola Úrsula, bienvenida al mundo de los gordos, donde todos los espejos te dan malas noticias.

Pienso: el sobrepeso llegó sigilosamente, casi sin que me diera cuenta. No, no es cierto que no me diera cuenta, un día te aprieta un botón, otro día te cuesta un poco cerrar el cierre, y ninguno de esos datos tomados en forma aislada significan nada: la menstruación te hincha, son gases, retención de líquidos, ¿no tendré un fibroma? Hasta hace poco tiempo el médico encontraba equilibrada mi relación peso-altura; está en un percentil saludable, decía. ¿Cuándo fue que la salud empezó a ser más importante que la belleza? ¿Después de los setenta, setenta y cinco kilos? ¿Desde cuándo a alguien le importa tener cintura, piernas, caderas saludables?

—¿Cómo le quedó? —escucho gritar a la vendedora.

—No me entra, ¿me traés un talle más?

—No, no tenemos, ese era el más grande.

Paf, recibo el sopapo.

Un calor súbito trepa por mi pecho y la cara, las orejas me arden. El vestido, que no bajó más allá de la cintura, queda trabado entre las axilas y la cabeza al intentar sacarlo, y la tela espesa me sumerge en una oscuridad sin aire. Hago fuerza, tiro hacia arriba, trato de liberarme, agito los brazos, mis codos empujan, la puta que la parió a la vendedora, ¿cómo que no hay otro talle?, las nalgas golpean contra las paredes de madera del probador que de pronto me aprietan, me comprimen, me ahogan. Nologro sacarme el vestido, no veo nada y me falta el aire, la transpiración me moja la espalda, el pecho, este trapo de mierda no sale, por Dios, ¿por qué no sale?, tironeo con más fuerza y ya sin pensar en las costuras pero pensando en la mujer que está ahí fuera, la bronca, las ganas de llorar y salir y tirarle el vestido en la cara, hago fuerza, tiro y tiro, me lo arranco, cruje el hilo roto, la tela desgarrada.

Emerjo y respiro. Respiro.

Me veo en el espejo bajo esa luz impiadosa: agitada, una mujer enrojecida, los ojos desorbitados, jadeante, desgreñada, que desborda en su ropa interior.

Mírate, Úrsula, mírate con atención. Esos rollos a la luz de estos 500 watts, el panículo de grasa que la iluminación resalta y dramatiza, que el sudor hace brillar. ¿No

te reconocés? Hola, te presento: sos la gorda. Ese pliegue debajo de tu rostro es tu papada, ese bulto en medio de tu cuerpo es tu panza, por detrás hay un gran culo.

Nadie puede querer a una gorda, me susurra papá.

El espejo, la luz que cae sin clemencia sobre el cuerpo, una mujer pasada de peso en ropa interior. Basta, no miro más.

Me visto como puedo, los dedos torpes abrochan botones en ojales equivocados. La cartera cae al suelo y ruedan monedas, pañuelos, peines, una barrita de cereales, chocolates mordidos y mal envueltos. Recojo todo, me acomodo el pelo. Que no esté la vendedora, que no esté parada ahí, que se haya ido a venderle a otra su ropita de Liliput.

Abro la puerta, salgo con el vestido en la mano, la vergüenza hecha un ovillo en mi puño.

Busco con la mirada: la vendedora muestra un pantalón blanco a una mujer de mi edad, alrededor de los cuarenta. Ella se lo mide sobre la ropa, lo apoya sobre sus caderas, delgadas, perfectas. A esas caderas no les importa el percentil ni la relación peso-altura. Adivino la pregunta que le hace a la vendedora. ¿Me quedará



bien, será mi talle? La vendedora asiente, mohín, sonri-sa, estás en el sitio indicado, baby.

La gordura llegó sin que me diera cuenta, decía. Mentira. La culpa la tienen los materiales con que fabrican la ropa: lycra, elastano, spándex, esos tejidos hacen que un talle 44 se transforme en un 46 y hasta en un 50, sin que la usuaria advierta cambios. La grasa se expande y la contiene el spándex; silencioso, artero, disimula el rollo, camufla con comodidad el mondongo incipiente. ¿La gordura llegó sin que me diera cuenta? Mentira. Verdad: los elásticos confunden y nadie se mira tanto al espejo después de los cuarenta. Y si te mirás, la miopía, generosa, tiende un manto difuso a la imagen, una aureola de normalidad o al menos de indefinición y de sombra.

Mentira, más mentiras, siempre supe que sería gorda. Aun sin serlo. Papá trató de advertírmelo, y la tía Irene... Pobre tía Irene.

Antes de huir de la tienda miro alrededor. Es día de liquidación, el local está lleno de mujeres que revuelven un mar de blusitas, remeritas, shorcitos que lucirán sobre sus cuerpitos este verano. Hurgan en

estantes, canastos, encuentran algo de su talle que sacaron de debajo de un revoltijo, corren a los probadores con el botín, esperan su turno en la fila. Charlan y ríen, se miran, se reconocen entre ellas: la cofradía de las bellas. Las miro desde la puerta y con el vestido en la mano; quiero tirarlo al suelo, pisotearlo, gritar que no me importa nada si me entra o no esa ropa de porquería, esos trapos de mierda, salir y pegar un portazo. Camino despacio, dejo el vestido sobre el mostrador, musito una disculpa al aire, a la nada, no quiero verles las caras, no quiero mirarlas, me voy en silencio por la puerta de adelante, como si fuera la de atrás. La calle me recibe, me pierdo en la multitud, me traga el anonimato del gentío.

Hoy empiezo la dieta.

—Deme un tique de estacionamiento.

—¿Tu matrícula, preciosa?

El tipo me sonríe, me mira. El kiosco huele a comida, detrás de la cortina alguien manipula ollas, platos, una voz femenina canturrea una cumbia. Paseo la vista entre la mujer desnuda del almanaque, apenas tapada con un neumático, y los culos que saltan de las revistas exhibidas en los anaqueles. Si me concentro puedo imaginarme que soy la ninfa del neumático, que tengo un culo de revista satinada. El kiosquero sonríe y me mira las tetas, que empujan la remera de spándex comprada hace unos años. Miro la revista, la otra revista, el almanaque. Me acodo en el mostrador y me acerco al hombre del kiosco que mira mi cuerpo, lo recorre y sonríe. Sin desviar la vista de sus ojos estiro la remera hacia abajo, regodeándome estiro el escote casi hasta llegar al pezón, me detengo ahí unos instantes, y luego lo bajo un poco más, un poco más. El tipo deja de sonreír, deja de mirarme.

Un olor espeso a lentejas y carne grasosa invade el espacio, se instala con solidez de objeto en el aire.

—¿Matrícula? —susurra.

—AXB 1890 —digo lentamente la combinación de números y letras, sin sacarle los ojos de encima.

El tipo vuelve a mirarme, esta vez a la cara, luego dirige la vista hacia la cortina, enseguida los ojos descienden al papel en el que escribe, de pronto apurado, mi matrícula. Arranca la hoja de un tirón.

—Son diez pesos —dice, con un hilo de voz.

Despacio, me acomodo la ropa y él me entrega el tique, cobra y me devuelve el cambio sin levantar la vista.

—Cagón.

Salgo resuelta, no llego a tiempo a la reunión.



Una forma de acercamiento al texto de Mercedes Rosende

Trabajado en forma virtual, se centraron las intervenciones hasta el momento en que la protagonista abandona el probador.

Miradas femeninas.

1. “Mirada directa sobre un disturbio de la salud que es mal visto por la mayoría de la sociedad que juzga con cánones de belleza muy alejados de la obesidad”. El personaje de la vendedora, recibe la bronca, la frustración y las heridas antiguas de Úrsula.”

2. “Es una denuncia a los patrones de belleza donde se debe ser flaca para encajar en la Sociedad (el vestido). Y, en su cabeza edípica, la voz de su padre sentenciando: ‘nadie va a querer a una gorda’.

3. “La sociedad establece cánones de belleza dirigidos a las mujeres: delgada, piernas bien torneadas, elegante. La vendedora es el dedo acusatorio que la hace sentir deforme puteando ante la confirmación que no hay talles donde pueda entrar su cuerpo.

4. “Úrsula muestra el sentir de una mujer un vestido quizá por ser apetecible, linda, para poder ser aceptada y tal vez, amada. No acepta su realidad. Debe aprender a mirarse”.

5. “Me hace pensar en todas las Úrsulas que sufren obesidad. Lo que sintió en ese probador, es desencadenante de su mal humor y hasta de su agresividad. Detrás de esta descripción, este personaje me inspira lástima”.

6. “Soy Úrsula. Me miro al espejo, soy coqueta. Uso calzas. Las calzas tienen ese “qué se yó”, maravilla inventada para que una mujer madura no se sienta acomplejada en su talle. L, XL, XXL...”

7. Soluciono fácil el problema con la vendedora. ‘-Se va a probar? -Nooo, yo lo compro sin probar’. Me juré que no pasaba más por el castigo de un probador”.

8. “Tremendo, desgarrador. Angustia por no poder encajar. Desesperación por desaparecer. Tristeza por ser ‘la gorda’. Impotencia por no poder aceptarse con alegría. Frustración: no pertenecer”.

9. “Yo voy a opinar desde la etimología del nombre. Úrsula viene del latín, pequeña osita. Ese padre de ficción la llamó así y tal vez, la marcó”.

10. “Intuyo que el texto deja un espacio abierto para que Úrsula resuelva cuál de las otras Úrsulas posibles quiere ser. Es como una pintura hiperrealista (se puede sentir cercana o lejana y odiosa), solo una copia fiel de un tipo de realidad frente a los ojos.

Miradas masculinas

1. Fragmento osado del que no me gustan algunas expresiones ni el maltrato a la vendedora. Creo que la autora conversa con Cortázar en la “dificultad” de sacarse el vestido. El cuento ‘No se culpe a nadie’, alude al enredo del protagonista con su buzo.

2. “Me imagino la escena. Me transporto allí y veo a la protagonista luchando con el vestido en el probador. Encuentro, además, que la escritora maneja cierto erotismo en este relato”.

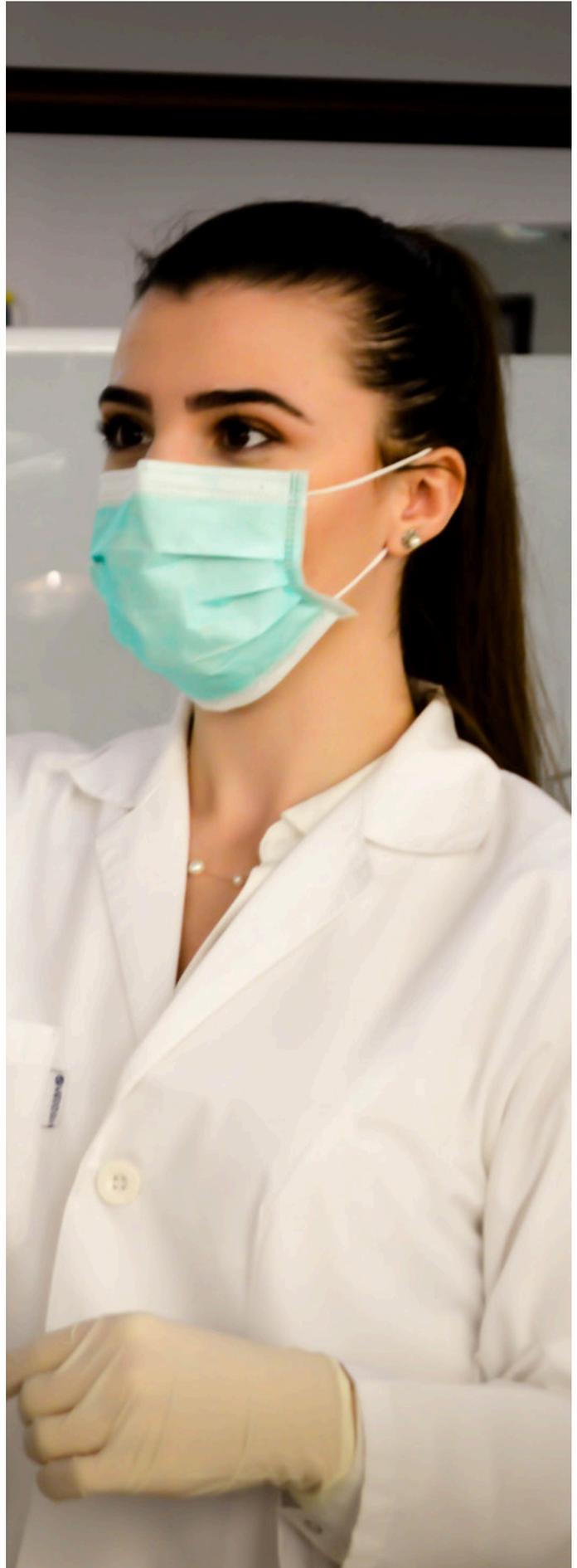


Contracara

Vilma García

En los barrios ricos
de Montevideo
se escuchan canciones
y aplausos a médicos
al aire se eleva
un canto sublime
la soprano entona
en lírico destierro
y la voz inunda
los balcones bellos
la calle el teatro
en palcos la gente
se olvida el fantasma
vestido de peste.

Allá en los confines
en el borde incierto
donde la miseria
juega con el tiempo
estrecha las calles
encoge las casas
y espanta los sueños
¿quién hará con latas
un tambor de negros
que suena a candombe
para aliviar el duelo?
¿qué lluvia celeste
lavará las manos
de cuerpos infectos?
¿en qué balcón de ensueño
cantará la vida
la canción de enero?



Poemas de octubre

Gustavo Esmoris

Sobre el amor

El agua subterránea
nunca oficiará de espejo,
los vidrios de colores son su amparo.
Así –en esa intuición– librar el alma,
la silueta de un hombre en días terribles,
palabras sustraídas para perder el cielo
poco a poco, algunas veces,
casi siempre a un minuto
del te quiero.

Ausencia

Ya no vuelve mi perro, ya no vuelve,
ya vaga por los viejos rincones,
en un jardín olvidado,
buscando su juguete rojo y esférico,
para convocarme a su mundo compartido.
Ya no vuelve mi perro, mi perro blanco,
y yo me quedo solo,
oyéndolo ladrar en el silencio.

Instructivo

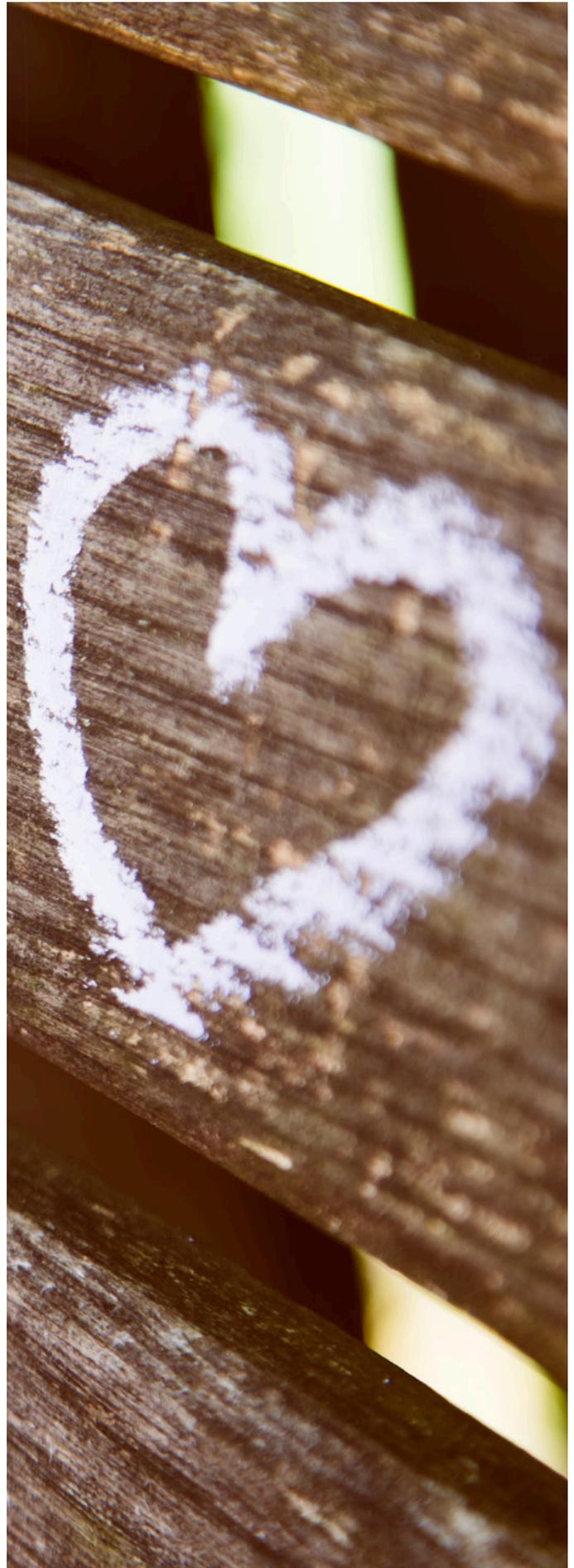
Me pedían que escribiera al mismo tiempo
dos poemas iguales;
me pedían que antes de intentarlo
matara al hombre del espejo;
me pedían mi sombra
–además–
y que dejara en claro que esos versos
nunca serían una declaración de amor.

Comunión

Alguien,
un recién llegado,
me pregunta si aquí también
los pájaros cantan,
si es oscura la noche,
si hay olvido,
si sé de algún lugar donde morir.

Pulso

Noche cuando la luz se arquea en los relojes,
mis páginas pluviales ahogaban la comarca:
un avión sobre la pista, a punto de despegar;
una tortuga –joven aún– que murió
hibernando sin que se sepa la causa.



Bailemos

Rocío Caparelli

En el roce de tu piel quedaba el deseo.
Amar como ladrona, sin permiso, marcando camino.
Sin horizonte y sin infinito, buscando nuevas emociones, volteando la mirada, vaciándola de recuerdos.
Volver a bailar, revolotear hasta quedar sin aliento.
Entregarse al ritmo voraz, al estridente silencio.
Volcar al presente, toda la fuerza del torrente de sangre que hierve en cada latido, retumba en el corazón.

Tambor.



Gabriela Acevedo

texto [textus]

tejido/enlace/trama/entramado

Así como los tapices de Rosario Alaluf se nos muestran “sin terminar”, ese es el camino que recorre todo texto literario: se completa con la recepción de quien lo lee, siendo tantas y tan variadas las interpretaciones como lectores lo disfruten.

Apostamos a la ampliación de los derechos de l@s lectores, al “acto de leer” mediante el cual se entra en el mundo que ha creado otr@ y se renueva el texto en su propio nombre y bajo su única responsabilidad.

Rosario Allaluf





MISTERIO

REVISTA LITERARIA

Edición N°1 / Junio 2021

Casa del Vecino "Misterio".

Verdi 4111. C. C. Zonal 7. Municipio E.

Dirección general:

Raquel Larrama y María Eugenia Fernández

Corrección:

Raquel Larrama

Diseño gráfico:

Jessica Ópalo. MUGATU MEDIA.

Artistas cuyas reproducciones aparecen en número:

Gisella Moro

Ignacio Gastambride

María Eugenia Fernández

Lilián Madfes

Juan Carlos Conti

Mariela Blanco

Gabriela Acevedo

Mehrzad Najand

Eduardo Baldizan

Colaboraron en esta edición:

Susana Sánchez

Rocío Capparelli

María José Cardozo

Luis Neira

Teresa Porzecanski

Giselle Petrides

Carolina Peula Morales

Silvia Magadán

Gisella Moro

Damián Rodríguez

Patricia Romagnoli

Patricia Barboni

Graciana Garra

Rafael Courtoisie

Elsa Rodríguez

Juan Carlos Conti

Lilián Madfes

Patricia Horovitz

María Eugenia Fernández

Graciela Sujanoff

María Sánchez

María Laura Blanco

Gerardo Casco

Mercedes Rosende

Vilma García Ahlers

Ignacio Gastambride

Gabriela Acevedo

Gustavo Esmoris

Marita Cabrera

Rosario Alaluf

Susana Pérez

Marisa Cerchi

Agradecimientos:

Nuestro agradecimiento a quienes nos hicieron llegar tan generosa y desinteresadamente sus textos, sus opiniones, sus materiales. A Gabriela, Florencia, Inés, Isabel y a todo el equipo de la División Asesoría para la Igualdad de Género de la Intendencia de Montevideo, quienes organizan el Fondo Fortalecidas para el empoderamiento de las mujeres. Agradezco personalmente a tod@s l@s integrantes del "Taller de Apreciación Literaria 'Misterio'" por su activa participación en las propuestas virtuales que aparecen en esta publicación, por sus aportes en la elaboración del Proyecto "Palabras que liberan", por su valioso tiempo y por crear una sólida red de apoyo a tantas mujeres que hacen sus primeras tentativas de escritura creativa.

Fortalecidas

MISTERIO

— PALABRAS QUE LIBERAN —

REVISTA LITERARIA

Edición N°1 / Junio 2021